

MODULO 2A) La familia

Tal vez sean Melanie Klein y Jacques Lacan quienes realizaron los aportes más importantes dentro del psicoanálisis al tronco común de la teoría freudiana. Un cuerpo coherente de teoría que implica tanto una propuesta de modelos de funcionamiento psíquico como una técnica de ella derivada. Y si bien entre ambos hay importantes discrepancias, no faltan las coincidencias. Como es ya sabido, entre Melanie Klein y Lacan hubo un acercamiento y respeto mutuo, de hecho Lacan la menciona varias veces en sus escritos.

Pero sin duda ha sido Jacques Lacan quien con su retorno a Freud, a la lectura de los textos de Freud, pudo a partir de allí e introduciendo la lógica, formalizar de una manera diferente la teoría psicoanalítica.

Comenzaremos por el tema de la familia.

Antes de pasar a las aportaciones de Jacques Lacan, diremos cuales eran las principales concepciones de S. Freud al respecto.

Para Freud, la represión sexual así como la asunción del sexo psíquico, se encontraban sometidas a la regulación y los accidentes acaecidos en la familia. Esta concepción freudiana contribuyó a la antropología del grupo familiar y en particular como lo destaca J. Lacan “al estudio de las prohibiciones que este grupo formula universalmente y cuyo objeto es el comercio sexual entre alguno de sus miembros”.

La teoría de la familia se basó para Freud en una disimetría referente a la situación de ambos sexos en relación con el complejo de Edipo, en tanto el pasaje por este complejo verificaba la posición del niño en la pareja parental y condicionaba una elección sexuada por medio de la identificación con el padre del mismo sexo, según sea niña o niño.

Su escrito “La novela familiar de los neuróticos” (1909), representa el esfuerzo teórico de Freud acerca de la importancia familiar en la construcción de la subjetividad en

tanto experiencias decisivas que marcan el psiquismo del sujeto en la infancia y como esta representa a su vez la pauta principal de interacción social en los sujetos. En este texto Freud habla de la novela familiar como una fantasía del sujeto (que ve aparecer de forma recurrente en el análisis de adultos), una fantasía construida por el sujeto, que dará cuenta en el inconsciente de las relaciones complejas entre los miembros de cada familia y que será singular para cada sujeto. Es una construcción fantasmática que revela la diferencia entre la realidad familiar y la que el niño puede explicarse a sí mismo.

<https://parletre.org/2016/05/17/obras-completas-sigmund-freud-pdf-amorrortu/> Obras completas de Sigmund Freud. Editorial Amorrortu. Volumen 9, pagina 213 “La novela familiar de los neuróticos”

Es a través del análisis y el estudio de las histéricas que Freud plantea el hecho de que hay una relación causal entre los síntomas histéricos y el recuerdo traumático que se le asocia y que ese recuerdo tenía precisamente su origen en la infancia, en escenas infantiles olvidadas. Pero lo que queda olvidado mantiene siempre una huella ya enunciada, ya sea a través de un acto, de la palabra o incluso del silencio.

En el transcurso del análisis de estas pacientes descubre que el hecho de hablar de sí mismas las conducía a hablar de su infancia, de sus padres, y de sus primeras experiencias infantiles. El descubrimiento del inconsciente nos mostró entonces que es en la infancia donde se producen experiencias decisivas que marcarán el psiquismo del sujeto.

En cuanto a Lacan, comenzaremos por un escrito temprano llamado “La familia”, del año 1938, del cual veremos algunos de sus párrafos. En el primer capítulo titulado: “Estructura cultural de la familia humana” dice:

“La especie humana se caracteriza por un desarrollo singular de las relaciones sociales por una economía paradójica de los instintos que se presentan como esencialmente susceptibles de conversión e inversión; solo en forma esporádica muestran un efecto aislable: de ese modo son posibles comportamientos adaptativos de una variedad infinita. Al depender de su comunicación, la conservación y el progreso de éstos son,

fundamentalmente, una obra colectiva y constituyen la cultura: ésta introduce una nueva dimensión en la realidad social y en la vida psíquica. Esta dimensión es específica a la familia humana, al igual, por otra parte que todos los fenómenos sociales del hombre.”

Para Lacan estaba claro en aquel momento que la familia no podía reducirse a un hecho biológico como lo planteaba la filosofía o a un elemento teórico de la sociedad. El aclara allí que hay comportamientos en la familia que pueden confundir o engañar y pensar así que puede reducirse a un hecho biológico y pone por ejemplo las “primerísimas fases de las funciones maternas”, donde por ejemplo, se pueden comprobar algunos rasgos de comportamiento instintivo. Advierte que muchos postulados espirituales acerca del sentimiento de paternidad han marcado su desarrollo. Dice entonces que la psicología en cuanto a observación y análisis solo podría poner de relieve rasgos esenciales como la estructura jerárquica dentro de la familia. Pero sin embargo como lo dice él: “... otros rasgos objetivos, los modos de organización de esta autoridad familiar, las leyes de su trasmisión, los conceptos de descendencia y de parentesco que comportan, las leyes de la herencia y la sucesión que se combinan con ellos y, por último sus relaciones íntimas con las leyes del matrimonio, enmascaran y oscurecen las relaciones psicológicas” Todo ello demuestra que la familia es una Institución y que el análisis psicológico debe adaptarse a esta estructura compleja.

En ese mismo texto, nos habla de la importancia de la familia en la educación inicial, la represión de los instintos y la adquisición de la lengua a la que Lacan llamará *lalengua* y de la que dice que “justificadamente se denomina materna”.

La familia también desempeña un papel primordial en la trasmisión de la cultura, cosa que comparte sin embargo con otros grupos dentro de la sociedad, como las instituciones educativas. De este modo la familia gobierna los procesos fundamentales del desarrollo psíquico, como lo decía también Alexander Shand (1840-1910) con otros postulados cuando teorizaba acerca de los sentimientos: “...la organización de las emociones de acuerdo con tipos condicionados por el ambiente constituye la base de los sentimientos; y en un marco más amplio, trasmite estructuras de conducta y de

representación cuyo desempeño desborda los límites de la conciencia. De ese modo, insta una continuidad psíquica entre las generaciones cuya causalidad es de orden mental.”

Podemos decir entonces, que la familia tiene un valor formador porque coloca al niño en relación a sus primeras identificaciones. Serán entonces las leyes del lenguaje las que reglarán los intercambios entre los miembros de la familia. Ella cumple una tarea de transmisión de ideales y de regulación y de su funcionalidad o no dependerá el lazo que los niños puedan establecer con el Otro, tanto con el lenguaje como con los objetos, así como su forma de vincularse con éstos y la forma de controlar sus impulsos.

Haciendo una comparativa entre la familia moderna y las de otros tiempos incluso con la familia primitiva, Lacan considera que actualmente se ha efectuado una reducción de la familia, pero no como una simplificación, sino como una contracción de la institución familiar, la cual muestra a la vez una estructura compleja. Como lo dice Déborah Fleischer en su libro “Clínica de las transformaciones familiares” (Gramma Ediciones- 2003) “...La familia moderna tiene un número de elementos restringidos, así sea esta, descompuesta, atomizada, recompuesta o monoparental.

Con esta comparativa a través de la historia y evolución de la familia que hace Lacan nos muestra justamente la profunda reestructuración de la institución familiar en su forma actual, así como ve como una influencia importante del matrimonio, del que dice que es una institución que debe separarse de la familia. Es así que Toma de Durkheim el término de “Familia conyugal” para designar la institución de la familia moderna, lo que pondría el acento en el lazo entre padre y madre.

Pero como se cuestiona J.A. Miller ¿podríamos decir hoy que la familia tiene su origen en el matrimonio? Pues bien, desde el psicoanálisis podríamos decir que no, que la familia tiene más bien su origen en un malentendido, en el desencuentro, en la decepción. Y a la vez no está formada por el padre, la esposa y los hijos, sino que está formada por el Nombre del Padre, por el deseo de la madre y por los objetos a. Y esta familia más que estar unida por lazos legales, está unida por un secreto, por un no

dicho, un secreto sobre el goce que puede ser el tabú del sexo o hablar de la culpa de un abuelo, pero siempre hay en toda familia un “de eso no se habla” y por eso la familia es un lugar de interpretación inagotable. En “Cosas de familia en el Inconsciente” (Conferencia de clausura I Jornadas de Psicoanálisis, en Valencia, mayo 1993), Miller dirá que La familia se instala en el Inconsciente porque es el lugar donde el sujeto ha experimentado el peligro, donde su pedido, su necesidad, se ha transformado en demanda en tanto que debió ser interpretado por Otro. Y es que la demanda debe pasar por la lengua y eso tiene siempre efectos traumáticos sobre las necesidades en el sentido de que hay una desviación de las mismas quedando así marcadas por una falta: *“La incidencia de la demanda sobre la necesidad es la producción de algo que no puede pedirse porque no puede decirse (un resto), del tal forma que las consecuencias del pedir son dobles, para llamarlas por su nombre en psicoanálisis, son el deseo y la pulsión.”*

Uno de los aportes fundamentales que Lacan hace al tema de la familia es vincularla con la lengua, como veíamos más arriba. Parte de la idea que la lengua que cada uno habla “es cosa de familia”, y que la familia en el inconsciente es primordialmente el lugar donde se aprende la lengua materna. Por ello hablar en una lengua ya es testimoniar del vínculo con la familia. La familia es a la vez lugar del Otro de la lengua así como lugar del Otro de la Ley. En la familia el goce supremo, o sea el goce de la madre para ambos sexos, está prohibido y se propone un goce sustitutivo. Es la prohibición del goce dentro de la familia y la apertura al deseo lo que permitirá al sujeto gozar en otro lugar, de otros objetos. Por lo tanto cuando en análisis un sujeto habla de la familia está hablando como dice Miller de su encuentro con el goce, de los medios de gozar, de la pérdida de goce; de la sustitución o recuperación de un goce perdido (J.A. Miller “Cosas de familia en el Inconsciente”, 1993)

LA FAMILIA MODERNA

La familia moderna sin lugar a dudas ha cambiado. En la actualidad podemos ver distintas formas o tipos de familia. Ya no se reduce a la pareja conyugal hombre-mujer monogámica y sus hijos, sino que se ha hecho extensa a otras situaciones. Hay por ejemplo como lo veíamos antes familia monoparental, homoparental, reconstituida,

etc. Es así que en la actualidad podemos ver transformaciones en la sexualidad, la procreación y la convivencia.

Las nuevas estructuras familiares vienen precedidas por una especie de “licuación” simbólica (Zigmunt Bauman), y por la consabida declinación del significante paterno. De modo que el abordaje de las mismas por el psicoanálisis no sería bajo el encuadre exclusivo de las estructuras edípicas, tal como Freud las instrumentó bajo la égida paterna, podríamos decir que la familia freudiana tradicional ya no existe. Ya Lacan preveía en 1958, en su escrito “Subversión del sujeto” que *“el Edipo no podría conservar su estrellato en unas formas de sociedad donde se pierde cada vez más el sentido de la tragedia”*

En la actualidad los lazos son más efímeros, transitorios, líquidos, menos estables. El compromiso y la responsabilidad se circunscriben a lo inmediato. Los lazos siguen las pautas del consumo donde todo es rápidamente satisfactorio al igual que descartable. Los síntomas concernientes a estos tiempos de fractura simbólica se traducen, por supuesto, en el sujeto infantil. Fracaso escolar, violencia, adicciones tempranas lo cual exige reconsiderar también la clínica con niños y adolescentes, más próxima a tener que situar los parámetros de goce (en más o en menos) y saber hacer ahí. Ir más allá del Edipo y del Padre.

Marie-Helene Brousse, en una conferencia pública en los seminarios de Caracas, titulada “Las declinaciones del padre y los cambios en la familia” (¿Amar al padre o al sinthome? Grama ediciones- 2007) nos presenta su tesis acerca de este desfallecimiento y los cambios en la familia moderna, a partir de lo que puede constatar en la clínica. Para ella, el desfallecimiento del padre no implica el desfallecimiento de la familia sino que implica una reorganización de las relaciones familiares y propone tres argumentos para explicar los cambios en la familia.

El primero hace referencia a que actualmente en la familia hay un rechazo a la disimetría, en el sentido de que ya no existe una diferencia clara entre la función paterna y la materna, sino más bien una simetría entre ambas funciones. Se trata de un conjunto indiferenciado entre padre y madre, que queda implícito en el significante parentalidad. Se ha pasado de una definición de los padres como principio de

autoridad, a unos padres definidos como acompañantes, tutores en el sentido de ayudar, de entender de vigilar y castigar. En el orden familiar y capitalista (en el sentido de consumo generalizado) los hijos son colocados en posición de objetos de goce. Se puede constatar así desde la orientación psicoanalítica, que los hijos son considerados cada vez más como objetos de satisfacción, objetos de goce, objetos de consumo, objetos de pelea, objetos de chantaje entre padres divorciados, etc.

El segundo argumento lo plantea como la disociación entre padre y masculinidad, ya que en algunos países por ejemplo ya es aceptado el matrimonio homosexual. Y aún en las parejas heterosexuales la ficción de que toda madre era una mujer y todo padre un hombre también se ha diluido. “Esto implica que la diferencia sexual entre hombres y mujeres ha dejado de encarnarse en la diferenciación en la familia entre padre y madre” Y puede pensarse entonces en las familias venideras con una indiferenciación tanto sexual como de los papeles en la “célula familiar”. Lo que llevaría al tercer argumento.

La tercera disociación sería entonces entre familia y reproducción. Durante siglos la familia era el lugar designado para la relación sexual que traería como resultado la reproducción, la descendencia. En la actualidad la reproducción puede funcionar sin acto sexual, ya que la ciencia es capaz de reproducir ella sola las generaciones. La familia estaría entonces más del lado de la trasmisión y el cuidado que del lado de la reproducción. Pero todo esto que M.H. Brousse constata, lo hace sin hacer de ello algo catastrófico, ya que lo importante dice, será lo que los sujetos que entren en estos nuevos modelos familiares puedan hacer con ello.

Para concluir este tema decir que para el psicoanálisis la familia es un referente estructural y no social. Es una estructura puramente simbólica, que no existiría sin el orden simbólico, es decir sin el lenguaje. En la clínica entonces hablaremos no de lo familiar sino del sujeto como resultado de una constelación o célula familiar particular. Es en el transcurso de un análisis donde se puede producir algo nuevo acerca de la familia, de la novela familiar, algo nuevo entre la elección y el destino y entre generación y trasmisión.

Dice Lacan en unas notas breves llamadas “Dos notas sobre el niño” de 1969: “*La función de residuo que sostiene (y a la vez mantiene) la familia conyugal en la*

evolución de las sociedades, resalta lo irreductible de una transmisión perteneciente a un orden distinto de la vida adecuada a la satisfacción de las necesidades, que es la de una constitución subjetiva, que implica la relación con un deseo que no sea anónimo.”

B) COMPLEJO DE EDIPO.

DEL MITO A LA LÓGICA, DE FREUD A LACAN.

Para Freud el Complejo de Edipo es nodular en la formación de las neurosis y se da además en un momento clave del desarrollo, en la llamada fase fálica. Pero tendremos que hacer un poco de historia ya que Freud fue conceptualizando el Complejo de Edipo a lo largo de su obra, variando así a partir de la experiencia clínica algunas de sus conceptualizaciones iniciales.

En un principio, en el texto “Tres ensayos para una teoría sexual infantil”, (1905) es en la fase fálica donde se despliega este complejo que en ese momento es igual para el niño que para la niña. De forma abreviada se puede decir que para ambos, niño y niña, el objeto de amor es la madre. El padre hace al niño de obstáculo en esa relación que sería incestuosa y a la niña también. Pero si bien el niño por la prohibición se identifica al padre y buscará los objetos de amor fuera de su familia, a la niña a la que también se le prohíbe el amor a la madre se identificará en un principio al igual que el niño al padre, a lo que le llama “complejo de masculinidad”, para luego sentir una corriente amorosa hacia el padre que le hará buscar sustitutos del mismo fuera.

Aparece también en ésta época el “complejo de castración”, cuando el niño que es capaz siempre de ver en algún momento los genitales femeninos, temerá perderlos, y por lo tanto ese temor hará salir al varón del Complejo. La niña en cambio pensará al principio que su clítoris es un pene pequeño, que crecerá. Más adelante Freud dirá que la niña al no tenerlo lo buscará en el padre, queriendo así tener un hijo de él. Sería entonces el hijo quien sustituiría al falo que le falta, que no tiene, y plantea entonces la ecuación niño=falo.

Durante mucho tiempo Freud admitió que el complejo podía ser transpuesto tal cual, *mutatis mutandis*, a la niña. Pero este postulado lo rebate en 1923 cuando desarrolla una tesis en el artículo sobre *“La organización genital infantil de la libido”* según la cual, en los dos sexos, durante la fase fálica hay un solo órgano que cuenta: el falo; y por el valor concedido a la inclinación preedípica hacia la madre, de la cual volverá a hablar en su artículo *“Sobre la sexualidad femenina”* a propósito de la relación madre-hija.

Pero lo más importante que plantea Freud respecto al complejo de Edipo es cuando se da cuenta que para la niña la salida de este complejo es diferente a la del niño, y que en ella se instaurará lo que llama el Penisneid, o envidia al pene. Cabe resaltar la importancia que da en ese momento tanto al complejo de castración como a la relación preedípica de la niña con la madre, por lo cual la niña entrará al complejo de Edipo por la angustia de castración, lo que quiere decir, que la niña se volverá contra la madre por no haberle dado el falo, haciendo un viraje hacia su padre en quien buscará el falo bajo la forma de un hijo. A partir de ello considerará entonces que la salida normal del Edipo femenino será fundamentalmente por la vía de ser madre.

Ya en 1924 en su texto *“La disolución del complejo de Edipo”*, pone fin a la supremacía del falo y plantea una disimetría entre el varón y la niña. Para el varón el complejo de Edipo se termina por la amenaza de castración mientras que para la niña no lo tiene tan claro, al punto que como él mismo dice, se le vuelve *“incomprensiblemente más oscuro y lagunoso”*. Lo que sí tiene claro es que la salida del Edipo no se produce igual que para el varón.

Es en 1931 en el texto *“Sobre la sexualidad femenina”* cuando Freud hace la indicación de repensar el complejo de Edipo en la niña ya que antes había desestimado o subestimado el papel de la madre en el desarrollo sexual de la niña. En una nota a pie de página agregada en 1935 a su texto *“Autobiografía”* de 1924, donde está hablando del Complejo de, Freud dice: *“La información respecto a la sexualidad infantil se obtuvo del estudio de hombres y la teoría de ella deducida concernía al niño varón. Era casi natural esperar encontrar un completo paralelismo entre los dos sexos; sin embargo resultó insostenible tal idea. Investigaciones y pensamientos posteriores*

reflejaron profundas diferencias en el desarrollo sexual de hombres y mujeres. El primer objeto sexual para un lactante femenino (y lo mismo para el masculino) es su madre. La mujer antes de llegar al término de su desarrollo normal debe cambiar no sólo su objeto sexual, sino también la primacía de su zona genital. Las dificultades surgen de esta circunstancia, tales como inhibiciones, no halladas en los hombres”

Desde luego Freud no pudo desvelar por completo el enigma de la mujer, de hecho terminó preguntándose ¿Qué quiere una mujer? (“*Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*”- 1925), pero sin embargo de algo estaba seguro, que la cuestión de la femineidad no se resuelve por la vía del falo.

Para concluir y resumir el trabajo de Freud, tomaré un fragmento del texto de Marina Recalde “El Edipo Femenino: un interrogante Freudiano” publicado en el libro “Del Edipo a la Sexuación” publicado por el ICBA en 2001. Dice así:

“En un primer momento (Freud) plantea una simetría entre hombres y mujeres respecto de la premisa fálica. Luego propone para la mujer tres salidas: el complejo de masculinidad, la inhibición de la sexualidad y la salida femenina, vía la ecuación pene=hijo. Este deseo de tener un hijo del padre posteriormente tendrá un antecedente: en primer término fue un reclamo dirigido a la madre. Se redimensiona entonces la relación con la madre, que ahora resulta ser lo primario. El Edipo es secundario.

...Así pues, la envidia del pene (Penisneid) tiene ahora un estatuto estructural. La exigencia del falo ya no se resuelve vía la maternidad, ni vía la elección de un partenaire con pene- el falo no es el órgano masculino. Ambos son modos imaginarios de obturar una falta irreductible. Tampoco se colma falicizando el propio cuerpo.

...esto explica el desconcierto de Freud.”

Es hacia el final de su obra cuando Freud empieza a ver que el problema del amor y más concretamente la pérdida del amor, es más determinante en la mujer que la angustia de castración. Dice en 1932 en sus “*Nuevas conferencias de Introducción al*

Psicoanálisis” que algo que marca una diferencia estructural entre hombres y mujeres es que la mujer necesita más ser amada que amar.

Esto en cuanto a Freud. Pasemos ahora a Jacques Lacan.

Lacan retoma el complejo de Edipo, pero en lugar de tomarlo como una etapa o momento del desarrollo lo toma como una estructura lógica. Sabemos que el Complejo de Edipo designa un proceso de transformación de la libido, de una sexualidad fálica, que es única y la misma para ambos sexos, en dos posiciones subjetivas diferentes, hombres y mujeres.

El triángulo edípico más que una tríada real hay que entenderlo como un fenómeno de discurso, en el sentido por ejemplo del papel que ocupa el padre en este triángulo. Aunque en el punto siguiente veremos con mayor detenimiento todo lo que atañe al padre, podemos decir que por el lugar que ocupa el padre en el discurso, en este discurso edípico, llega a sustituir a la madre para devenir un objeto de identificación en la subjetividad del hijo, en tanto que la madre había sido para el hijo un objeto de satisfacción. Entonces no es el padre presente en la casa quien va a hacer la función de autoridad necesariamente, sino el padre que cuenta. Y nos preguntamos ¿que cuenta para quién? Y respondemos: para la madre y que además de contar para la madre, se ocupa de ella. Es el padre que aparece en el discurso de la madre. El padre es entonces el que se puede interponer entre la madre y el niño. Y esta interdicción, ésta prohibición, es a la vez un no y un sí, en el sentido de lo que prohíbe y lo que autoriza a la vez. Lacan decía que el padre concentraba en sí la función de represión y la de la sublimación y llamaba a esto la “antinomía del complejo de Edipo” La autoridad del padre a través de la represión introduce una promesa, un ideal de promesa que recibe lo nuevo del niño después de haber dicho no, de haberse interpuesto a su satisfacción con la madre. Por lo tanto cada niño tiene una relación singular con la pareja parental. El niño ocupa un cierto lugar relativo respecto a la pareja de sus padres, con lo cual cada niño será particular, singular en su historia y en sus rasgos de personalidad.

Para Lacan en esta época entonces el complejo de Edipo es el fundamento de la constitución de la realidad en el niño. Gracias a él, el niño puede pasar de una relación

dual con la madre a una relación ternaria primero con el padre y luego con los otros, con el prójimo.

Veamos ahora de forma resumida los tres tiempos lógicos del Edipo, para Lacan, descritos en su Seminario V, “Las formaciones del inconsciente”, donde por cierto queda clara su aportación en cuanto al cuarto elemento que aparecería en el Edipo y que forma parte del complejo, nos referimos al falo:

El primer tiempo: El niño se identifica al objeto de deseo de su madre, al falo imaginario, es decir a lo que le falta a su madre. El niño se identifica creyendo así ser el objeto que su madre desea, el falo, con toda la intención de satisfacerla. Dice Lacan: *“Para gustarle a la madre, si me permiten ustedes ir de prisa y usar palabras gráficas, basta y es suficiente con ser el falo”*. Está claro que el niño obtiene una gran satisfacción de esta posición de falo imaginario de la madre y es hasta necesario que la ocupe en los primeros tiempos de su existencia, aunque luego tendrá que salir de ella.

En este primer tiempo dice Lacan que es cuando *“la metáfora paterna actúa en sí al estar la primacía del falo ya instaurada en el mundo por la existencia del símbolo del discurso y de la ley”*

El segundo tiempo: El padre entra en escena y el niño es desalojado de esa posición ideal de ser el falo de la madre. Aquí el padre priva a la madre del niño, es quien dice no, marcando su autoridad y entrando en escena a través del discurso de la madre. Es en el momento en que ella reconoce la autoridad del padre, que aparece para el niño como rival. Dice Lacan: *“Es el estadio digamos, nodal y negativo, por el cual lo que desprende al sujeto de su identificación lo liga, al mismo tiempo, con la primera aparición de la ley en la forma de este hecho- la madre es dependiente de un objeto que ya no es simplemente el objeto de su deseo, sino un objeto que el Otro tiene o no tiene”...“Aquello que constituye su carácter decisivo se ha de aislar como relación no con el padre, sino con la palabra del padre.”*

En este segundo tiempo el padre “todopoderoso es el que priva”. Hay que señalar que la castración ejercida aquí no es sobre el niño sino la privación a la madre de ese niño.

Aún así el padre del “no” debe también poder ser el padre que autoriza, que dice “sí”, pues si se perpetuara en esa posición correría el riesgo de aparecer como un perseguidor.

El tercer tiempo: La tercera etapa es tan importante como la segunda, pues de ella depende la salida del complejo de Edipo. El padre puede darle a la madre lo que ella desea, en tanto lo tiene. Entonces aquí el padre aparece justamente como aquel no ya que priva, sino que puede dar algo, que es portador para más adelante de una promesa. *“Es aquel que promete al varón que será como él más tarde, por ejemplo, que será padre, y que promete a la niña que ella también, como su madre, encontrará un hombre. Es una promesa de algún modo estructural, para el futuro. Este es el padre del permiso y del deseo, el que permite resignarse a la ley, que es fundamentalmente una ley pacificante”* (Laure Noveau en “¿Qué autoridad hoy?”, en el libro “Psicoanálisis con niños. Clínica Lacaniana”. Grama Ediciones 2004)

Este tercer tiempo entonces es el que permite al niño identificarse en tanto que portador del pene y a la niña reconocer el hombre, en tanto es quien lo posee.

Leer en: <https://parletre.org/2016/05/19/seminarios-de-jacques-lacan-paidos/> Obras completas de Jacques Lacan, establecidas por J.A Miller, dentro de “La lógica de la Castración” el capítulo X- “Los tres tiempos del Edipo”, pág. 185 a la 203. Editorial Paidós.

La llamada segunda clínica de Lacan es la que se adecua a las exigencias de la época moderna, ya que no reposa sólo en el Edipo Freudiano sino que propone franquear sus límites, lo que posibilita que en el final del análisis se pueda ir entonces más allá del padre. Como lo dice J. A. Miller (en El deseo de Lacan, abril de 1995-EBP, Sección Bahía):

“Así, si Freud merece el homenaje de Lacan por el desciframiento fálico de la sexualidad femenina, es cierto que Lacan trata de conducir el psicoanálisis más allá del falo, hacia el objeto a, que es también la llave al más allá del principio del placer. Trata también de ir más allá del complejo de Edipo, de tal manera que el revés de Freud es un más allá de Freud.”

C) El padre. El Nombre del Padre. El padre como función.

El padre desde el mito de Edipo planteado por Freud nos muestra que el Edipo es vehículo del padre muerto que está del lado del semblante y del padre por consiguiente, como dice Lacan, que se levanta para responder: *“Si lo que se nombra padre, el Nombre del Padre es un nombre que tiene su eficacia, es precisamente porque alguien se levanta para responder”* (Seminario 18).

Y ¿sobre qué responde el padre? El padre responde con una versión sobre el goce, es quien le pone un límite al goce, es quien desde la prohibición dice - con ésta no (refiriéndose a la madre), pero es también quien dice – con las otras sí. El padre es el verdadero operador de la castración, pero teniendo en cuenta que si bien prohíbe también otorga, abre la puerta hacia otras posibilidades, para que el sujeto pueda buscar el objeto de su deseo, el objeto de amor, en otra parte, fuera del círculo familiar. El padre cumple la función, en el Edipo, de posibilitar al sujeto la integración de las pulsiones parciales bajo la primacía del falo; a la vez que lo introduce en la sexualidad bajo la dialéctica del deseo.

En los textos de Freud “Tótem y Tabú” y “Moisés y la religión monoteísta” podemos ver el pasaje del padre en su dimensión fenoménica, es decir como algo que se manifiesta o que aparece en la realidad, al padre en su función en la estructura psíquica. Dicho de otra manera separar la función del padre de la persona del mismo. Pero es Lacan en realidad quien da al padre el rango de significante a través de lo que llamó el Nombre del Padre. Es quien saca al padre de la forma edípica y lo introduce en la estructura.

Marie-Helene Brousse lo dice de una manera muy clara en los Seminarios de Caracas (2006) *“la metáfora paterna enfatiza la diferencia entre función paterna y padre de la realidad, entre Padre y papá...”*

El concepto de Nombre del Padre, como lo dice J.A.Miller (Comentario del seminario inexistente- 1992) une el Complejo de Edipo, el mito de Totem y Tabú y el Complejo de castración, y esa es la fuerza de la metáfora paterna.

La metáfora paterna es lo que Lacan inventa para formalizar y organizar a partir de entonces, lo que Freud había pensado como Complejo de Edipo y Complejo de Castración. Tres funciones serían el soporte de lo que Lacan llamó el Nombre del Padre, siguiendo a Laure Noveau:

-La separación: el niño no está a solas con su madre

-La interdicción: prohíbe la madre al niño y priva a la madre de su hijo.

-El permiso: autoriza el acceso al saber, provoca el deseo de saber.

El padre al ser considerado por Lacan como un operador le permite ejercer una función, la función que posibilita que se realicen las operaciones indispensables para el equilibrio de un sujeto. Estas operaciones fundan la estructuración del sujeto que pasa por la adquisición de la lengua y el uso de lo simbólico.

La función del padre es también la de sostener los ideales, la de organizar a la familia y más allá de ésta a los grupos, los países, etc., y es esta función la que produce el llamado reino del Uno, un Padre, una parroquia, etc.

En la época actual, contemporánea, hablamos de un desfallecimiento o declinación del Padre o del Nombre del Padre. Y ¿qué significa esto para el psicoanálisis? Que al desaparecer la función del padre como unificadora, como sostén de los ideales, como ordenadora del discurso, lo que aparece es la multiplicación de los discursos comunitarios, que lleva a la vez a la multiplicación de culturas, de grupos, que a su vez crea más posibilidades de confrontaciones y como consecuencia de segregaciones. Y ésta segregación sería para Lacan lo que queda del desfallecimiento del Nombre del Padre. Una segregación en la que cada cual elige un modo de goce que le permite identificarse con otros que gozan del mismo modo, creándose así su propia parcela. Todo ello hace que hacer lazo con los otros se vuelva cada vez más complicado y los individuos se vuelvan cada vez más encerrados en sí mismos.

Entonces la cuestión que se nos presenta ahora en la actualidad es saber hacer con el cambio que se ha producido, donde la autoridad del padre que hacía de límite al goce, a las pulsiones, se ha visto mermada por la multiplicidad de Nombres del Padre en ausencia de un poder único de referencia. Y esta función de poner un marco a la realidad, un límite a la satisfacción de las pulsiones provendrá de otros, no sólo del Nombre del Padre, sino de la cultura y de una forma nueva, diferente. Es por ello que mantener los ideales sin esta función del Nombre del padre, se vuelve sumamente difícil en una sociedad donde se nos ofrecen multiplicidad de objetos para gozar de ellos de forma inmediata, para de esa forma obturar la falta, la falta estructural del ser humano que nos permite a través del deseo encontrar ese objeto perdido, buscarlo a través del otro lo cual en definitiva es lo que permite el lazo. Pero si para encontrar el objeto no necesitamos pasar por el otro, porque lo tenemos en el bolsillo, al alcance de la mano, y sin límites claros, ello provoca un goce autoerótico, donde solo nos preocupamos de gozar nosotros mismos desdeñando a los otros. La importancia del objeto sobrepasa la del ideal. Lacan nos advertía ya en su escrito “Los complejos familiares” de 1938, que no es ya el campo del ideal el que orienta al sujeto sino el de su goce.

Para concluir éste tema diremos que el Nombre del Padre como función, es o ha sido aquello que para cada uno, para cada sujeto ha funcionado como Nombre del padre, lo que ha sido el padre para cada uno sin que ningún discurso preestablecido pueda decirlo. La paternidad en definitiva, como lo dice D. Fleisher, es una función a la que el sujeto como tal debe confrontar y responder con las *“coordenadas de su relación al deseo, al goce y la ley, elementos siempre inseparables*. Desde estas coordenadas la paternidad no se puede plantear como un Bien válido para todos” (Deborah Fleisher- Clínica de las transformaciones familiares-Grama ediciones- 2003)

Leer en: <https://parletre.org/2016/05/19/seminarios-de-jacques-lacan-paidos/> Obras completas de Jacques Lacan, establecidas por J.A Miller, dentro de “La lógica de la Castración” el capítulo IX- “La metáfora paterna”, pág. 165 a la 183. Editorial Paidós.

D) La relación con la madre: La demanda de amor. La falta. El deseo de lamadre. El estrago materno. Apuntes sobre la sexualidad femenina.

Freud percibió como el niño que ha satisfecho su necesidad alimentaria sigue chupando. A ese plus de satisfacción que el niño obtiene con la succión de esa *nada*, a pesar de haber satisfecho su necesidad, es a lo que Freud se refería como pulsión .

Tomemos por ejemplo, el grito de un bebé. Este grito, pura necesidad adquiere, por su situación de dependencia simbólica con respecto al Otro Primordial (la madre en su función), el carácter de demanda, es decir, ese grito precisa de otro simbólico que lo codifique para que pueda adquirir un sentido. Así, ese Otro que otorga un sentido a ese grito, de pura necesidad, le dota de una dimensión de petición, de demanda (el bebé quiere comer, el bebé tiene frío, el bebé tiene sed...etc.) Es el Otro por tanto quien aporta su sentido y quien otorga un carácter de pedido a ese grito con el que el bebé inaugura su entrada en el mundo. De ahí que la pura necesidad del bebé se convierta por la mediación del Otro materno, en demanda de algo. Demanda de un primer objeto que satisfaga la necesidad, que venga a tratar de calmarla.

El niño que por nacer "... está ya rodeado por esta hamaca del lenguaje que lo recibe..." y lo precede y que a su vez lo marca de entrada con una pérdida de goce,(lo cual es condición para constituirse como sujeto), requiere a la vez fundamentalmente de un lugar de alojamiento, donde alguien quiera escuchar su grito y transformarlo en llamado.

LA DEMANDA DE AMOR

Esta demanda como tal es dirigida al Otro que tiene. Sin embargo, no toda la demanda queda agotada en ese objeto que calma la necesidad, sino que hay a su vez, otra demanda, que se dirige al Otro que no tiene, siendo ésta la demanda de amor propiamente dicha.

Esta demanda de amor, surge para tratar de restituir su pérdida en ser. Pero si como dice Lacan "*amar es dar lo que no se tiene*", el bebé en este punto de insatisfacción, demanda *nada*, demanda un vacío, para lo cual la madre debe mostrarse como faltante, no completa.

He aquí la paradoja: la demanda de amor se dirige en la neurosis a otro completo, a un otro que tendría a su vez la posibilidad de completar al sujeto. Se le supone al Otro la posesión de ese objeto que taponaría la falta, que anularía la división subjetiva. Pero a su vez la demanda de amor exige algo más. Apunta a ese objeto que se ordena en la lógica del tener como pura ausencia. Dice Lacan en *“La significación del falo”* que la demanda se refiere a otra cosa que la satisfacción que reclama. Es en la demanda de amor que se articula el deseo. El objeto del que se trata en la demanda de amor es el otro completo respondería entonces otro en falta.

Si bien la demanda supone otro completo, incluye necesariamente también la dimensión de la falta. La falta del Otro se sitúa entonces más allá de la demanda y abre la dimensión del deseo.

O sea que el niño tendrá que vérselas con la relación que tiene su madre con la falta en tanto mujer. Así que para que el niño no sature el deseo de la madre, deberá transformar el ser el falo en tener el falo, para lo cual la madre tendrá que estar dividida entre ser madre y ser mujer.

Como lo dice H. Bonnaud *“... Por lo tanto para que el niño no se encuentre trabado por el deseo de la madre es necesario que no se quede fijado en la identificación fálica, es decir que haya podido salir de su posición de ser el falo de la madre.”*

LA FALTA

Vemos entonces, que para la estructuración del niño, para que pueda metaforizar el Edipo y hacer uso de lo simbólico, la madre tiene un papel esencial. No sólo tiene su función como vehiculizadora del Nombre del padre, de la Ley del padre, como lo dice Lacan *“Pero sobre lo que queremos insistir es sobre el hecho de que no es sólo de la manera en la que la madre se aviene a la persona del padre de lo que convendría ocuparse, sino del caso que hace de su palabra, digamos el término de su autoridad, dicho de otra manera del lugar que ella reserva al Nombre del Padre en la promoción de la Ley.”* (Lacan, J. Escritos 2, “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” Siglo Veintiuno editores, 1987, página 560)

Es importante entonces, como estamos viendo, el lugar donde se ubica la madre, ya sea como objeto causa del deseo del padre, como ser deseante ella misma y teniendo en cuenta el goce femenino, la influencia de la sexualidad femenina en relación al niño. Por ello es importante en el psicoanálisis con niños tener en cuenta y elucidar el lugar que ocupa el niño en relación con la posición femenina de la madre: *“cada análisis con niños implica verificar cómo el objeto-niño se articula en relación al sujeto-femenino con su falta fálica y cómo se inscribe el niño en esa relación”*. J.A.Miller

Por lo tanto el encuentro del niño con la castración de la madre, con su falta y por consiguiente con la sexualidad femenina, hace que la estructuración de la neurosis infantil esté centrada en la falta que soporta dicha estructura. Es así que Lacan insiste en que el niño sólo interviene como sustituto o compensación fálica de la madre. *“Es así que en este sentido la relación de la madre con el hijo está referida al falo. ... La senda de la neurosis infantil es encontrada por el niño si la falta que se introduce por el deseo materno imprime en el niño la probabilidad de su propia falta fálica y con ello se introduce, igualmente, la vacilación de su ser sexuado. Allí, el sujeto constituye su neurosis como respuesta al enigma del deseo del Otro, es decir al deseo de la mujer más allá de la madre.”* (Mario Elkin Ramirez, “La sexualidad femenina de la madre en el psicoanálisis con niños” - Psicoanálisis con niños-Clinica lacaniana - Grama ediciones-2004)

Cada niño tendrá una forma particular de relacionarse con el falo y eso decidirá su posición en las estructuras psíquicas: sobre todo cuando descubre que él mismo es insuficiente para colmar la falta de su madre, y es esta imposibilidad del sujeto a lo que Lacan llamó “falta en ser”, que es inherente al ser hablante. En realidad él sólo fue una sustitución de ese objeto que él no es, no es el falo de la madre ni lo tiene.

J.A Miller lo dice así en un artículo titulado “El niño entre la mujer y la madre” de 2005, *“Destacar el valor del niño como sustituto fálico, su valor de ersatz (sustituto, compensación), en términos de Freud, puede extraviarnos si conduce a promover de forma unilateral la función colmadora del hijo, pues nos hace olvidar que éste no es menos causante de una división entre madre y mujer en el sujeto femenino que accede a la función materna.*

Así, el niño no sólo colma, también divide, y esto es lo que destaca el título del coloquio. Que divida es esencial. Ya hemos dicho que es esencial que la madre desee más allá del hijo. Si el objeto niño no divide, entonces, o bien cae como un resto de la pareja de los genitores o bien entra con la madre en una relación dual que lo soborna –para retomar el término de Lacan– al fantasma materno. Se puede hacer, pues, una distinción muy fácil: el niño, o colma o divide”

EL DESEO DE LA MADRE

Para que la madre lo sea de la buena manera es muy importante que además de serlo, sea una mujer deseante, que su deseo no se agote en los cuidados del niño para que el niño no colme la falta materna. Para que esto se produzca es necesario que el padre cause el deseo de la madre, tanto como que ella sea causa del suyo, y que no se limite solamente a encarnar la función paterna. Como dice Lacan: *“Ese punto clave implica que ha de tomarse en serio el hecho de cómo la pareja de la madre lidia con la falta de ella como mujer”* (Escritos 2- “Observación sobre el informe de Daniel Lagache”- Editorial Siglo Veintiuno)

Es fundamental entonces que el padre pueda preservar como lo dice Eric Laurent, el no-todo del deseo femenino y por lo tanto que la metáfora infantil no reprima en la madre su ser de mujer. (“Hay un fin de análisis para los niños”- 1999) Por lo tanto es imprescindible tener en cuenta que hay una diferencia entre madre y mujer.

La maternidad puede funcionar en la mujer como una suplencia fálica, es una forma en ese sentido, de suplir la ausencia del significante “La mujer”. El hijo como sustituto del falo puede a veces taponar, la falta. Pero por lo general raras veces un niño permite obturar por completo la cuestión del deseo. O sea, si bien como resto de la pareja puede obturar en parte la falta fálica no es causa del deseo femenino.

Lacan decía que el niño imagina a la madre muchas veces como la boca de un gran cocodrilo, viviéndola así como “devoradora”, y por ello para el niño el deseo de la madre es caprichoso, imprevisible e incluso muchas veces irracional en tanto no se sabe por dónde puede salir, qué mosca le puede picar, y que la boca se cierre. convirtiéndose entonces en su objeto inseparable, víctima de su poder.

Lo que traba el deseo de la madre, para que esa boca no se cierre es el falo, en palabras de Lacan *...“es el palo que te protege si, de repente, eso se cierra”* (Seminario 17 “El reverso del psicoanálisis”) El deseo de la madre tiene que estar contenido por lo fálico, para que este deseo no quede articulado a este goce sin medida de la madre. Tiene que producirse entonces para ello, la articulación del deseo de la madre con la ley del padre *“...porque es el padre el que tiene que metaforizar el deseo; si hay un padre que metaforiza, que sustituye ese deseo de la madre, el niño será nombrado en un deseo constituyéndose en un sujeto.”* (Verónica Lagamma)

EL ESTRAGO MATERNO

Podemos decir que el estrago se manifiesta como una relación particularmente intensa y ambivalente, fundamentalmente en la relación madre-hija, aunque también se da con el hijo varón. Cuando hablamos del estrago materno hablamos de ese deseo de la madre que proviene de un goce ilimitado, y que por ello resulta estragante para el niño. O sea que el estrago es una de las formas que tiene de presentarse lo ilimitado del goce femenino, aquello que está más allá del goce fálico, más allá de lo que recubre el falo.

Se podría considerar que la relación de estrago entre madre-niño, se da cuando la madre en lugar de transmitir la falta, fija al niño en una posición de goce, no dando lugar entonces a la vía del deseo.

El niño necesita ser amado y sentirse seguro para poder crecer. Pero el amor no protege de todo, ya que puede causar los más severos estragos. Esta paradoja descubierta por el psicoanálisis, nos revela que demasiado amor por ejemplo, asfixia, y puede resultar patógeno si no hay nada que le ponga un límite.

Hay que decir que es habitual que una madre se de cuenta de los límites de ese amor por su hijo, en tanto ese niño al que aman también puede irritarlas. La maternidad no colmaría entonces su falta de manera eficaz, sino que su deseo estaría dividido, no estaría dirigido totalmente hacia el niño.

En tanto cada sujeto es hijo de una madre, será determinante para su estructura la relación que su madre tenga en tanto mujer con su propia falta, como lo señalaba más arriba; por ello es muy importante referirnos aunque de forma breve a la Sexualidad Femenina.

APUNTES SOBRE SEXUALIDAD FEMENINA

Freud al ir avanzando en sus conocimientos, fundamentalmente a través de la clínica, se fue cuestionando cada vez con más fuerza acerca de la sexualidad femenina. Le resultaba algo enigmático, y fue ese enigma lo que lo ayudó a avanzar y a que llegara a ser un tema central en su teoría. Al final de su obra Freud no pudo responder a la pregunta que se hacía ¿Qué quiere una mujer? Sin embargo dejó con ello la puerta abierta para que los que viniesen después orientados por ese deseo de saber avanzasen en el tema. En “Tres ensayos para una teoría sexual” Freud decía: *“La vida amorosa de la mujer permanece envuelta en una oscuridad todavía impenetrable”*

Si bien a través de la clínica pudo aislar las consecuencias que tenía para la niña la confrontación con la castración, ello no fue suficiente para despejar el enigma. Como vimos en el desarrollo del tema del Complejo de Edipo, la maternidad es la tercera opción de las posibles salidas de la envidia fálica en la niña. Esta solución es para Freud la solución propiamente femenina. Pero como se vio después con los desarrollos de Lacan, ser mujer no es en modo alguno ser madre.

Para el psicoanálisis **la sexuación** es un hecho de estructura, y como tal es exclusiva del ser hablante. En este sentido hace dos aportaciones esclarecedoras de la diferencia sexual:

- 1) La anatomía no es el destino, refiriéndose con ello al destino sexual, ser hombre o mujer no depende del sexo biológico.
- 2) La relación sexual no existe. Esto que aportó Lacan resultó ser muy enigmático, pero en realidad quiere decir que no hay una armonía sexual universalmente pre-

establecida. No se refiere a que no existan las relaciones sexuales, lo que no existe es como en el reino animal un saber ciego, definido y decisorio con el fin de perpetuar la especie, al que se llama instinto. Como consecuencia del efecto del lenguaje sobre el cuerpo el ser hablante pierde toda orientación guiada por un saber instintivo con respecto a lo sexual. Como lo decía Lacan: *“Sí, el niño por nacer está ya, de pies a cabeza, rodeado por esta hamaca de lenguaje que lo recibe y al mismo tiempo lo aprisiona”*

Respecto a la mujer, Lacan hace otra afirmación enigmática: “No existe”, afirmación que también es incluso polémica si no se comprende. Cuando dice esto quiere decir que el significante de la mujer no existe, falta en la estructura, en el inconsciente, no hay un saber sobre esto en el inconsciente. Es la falta en el referente simbólico, con lo cual hay un déficit de simbolización, y es por ello que no hay una sexuación natural en el ser hablante.

En definitiva la verdad subjetiva no puede reducirse a hechos biológicos.

Es a partir del Seminario 23 “Aún”, que con las fórmulas de la sexuación podemos decir que ser hombre o ser mujer, se define por la posición del sujeto en relación con el Otro y con el objeto. Y así se determinará su forma de vivir la pulsión, su particular modo de goce.

Marta Glasserman, en un texto publicado en 1995 en la Revista del Instituto del Campo Freudiano, llamado “La mujer en el psicoanálisis” hace un interesante recorrido partiendo de Freud para demostrar lo que acabamos de decir. Comienza por dos aseveraciones de Freud:

- 1) La libido es fálica
- 2) No hay otro acceso a una posición subjetiva sexuada más que por los desfiladeros del complejo de castración.

Dicho de otra manera, para Freud hay una prevalencia fálica, la prevalencia de un significante único en la libido, el falo, el pene. Para él entonces la disimetría entre

hombre y mujer estaba apoyada en el “tener” o “no tener”. Es como si Freud podía percatarse entonces de la ausencia del significante de la mujer en el inconsciente.

En cuanto al segundo punto la castración es el eje de la asunción de una posición sexuada en tanto que el hombre sale del Edipo identificándose al padre y buscando el objeto fuera; mientras que en la mujer al descubrir que está privada del pene, la niña devendrá mujer si espera el falo del que lo tiene. Primero lo buscará en el padre y luego en otros hombres.

Lacan hace unas puntuaciones que aclaran estos puntos y va un poco más allá. Primero sigue sosteniendo la primacía del falo en el inconsciente, pero aclara que se trata del falo y no del pene. Es decir se trata de un significante que representa al pene en el inconsciente, no se trata del órgano mismo. Más adelante en los años 72-73, cuando refuta el Edipo como mito, reduciéndolo todo a la lógica de la castración, y aclarando a la vez que esta lógica no regula todo el goce, dice que hay una parte del goce que no pasa al Uno fálico y queda fuera de toda posibilidad de simbolización, queda en lo real. Por lo tanto para él La mujer como significante quedaría fuera de lo simbólico como uno de los nombres de ese goce real. Por ello dice Lacan que la mujer es “No-toda” o está en la lógica del “No-todo”, no toda fálica, no toda en la función fálica, sino que tiene además un goce diferente al que ordena la castración y por lo tanto es sin límites. Sin embargo esto no quiere decir que el falo no regule en ellas como en los hombres la relación con el sexo, las diferencias y las relaciones sexuales. Lo que hay es un más, un plus de goce, un goce suplementario al que hay que tener en cuenta en cuanto a sus efectos subjetivos.

También hace una distinción en cuanto a la tesis de Freud de “tener” o “no tener” el falo. Dice Lacan: *“las relaciones entre los sexos giran alrededor de un ser y de un tener el falo”*. Ser el falo en la mujer significa ser lo que le falta al Otro y por tanto en la relación sexuada es llamada a ocupar el lugar de objeto, a lo cual podrá o no consentir. Es preciso aclarar que la mujer no es el falo en sí, lo es en su relación con el hombre. En ellas predomina el hacerse amar y desear por “lo que no es”, para obtener el falo añorado. Esta demanda de ser el falo las vuelve entonces más dependientes de los signos de amor del partenaire. El tema del amor, merece ser mencionado, ya que

como dice Lacan es femenino, en el sentido que para la niña el amor es lo que mejor compensa la falta fálica ya que el Otro que la ama le puede dar lo que le falta. Y no sólo compensaría la falta, sino que además a través del amor podría encontrar el camino por donde su ser pueda ser nombrado a falta del significante la mujer.

Entonces para concluir diremos que la relación de la mujer con su madre, la demanda que le hace a su madre, es fundamental, porque como ya lo dijo Freud, es fundamentalmente a ésta, a la madre, a la que reprocha por un lado no haberle transmitido un saber hacer con la femineidad y por otro le reprocha o la hace responsable además de su falta.

Por todo lo expuesto en este apartado en muchos casos es importante en el marco del psicoanálisis con niños, saber cuál es la posición de la madre en cuanto a su ser como madre y mujer, cual es la relación con su propia falta, o sea su posición en relación a la castración.